

RESEÑAS

ALCALDE, Ángel. *Los excombatientes franquistas. La cultura de guerra del fascismo español y la Delegación Nacional de Excombatientes (1936-1965)*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2014. 408 pp.

Francisco J. Leira Castiñeira

G. I. HISTAGRA-Universidade de Santiago de Compostela

El excombatentismo español. Identidad y cultura de guerra.

“[...]Sentados en el tejado, que los rayos de sol habían recalentado, no hallábamos entregados a nuestra charla, cuando pasó por la parte de abajo, montando en su bicicleta, el cartero, tal como solía hacer siempre a aquella hora. Sin bajarse, nos gritó estas tres palabras “¡orden de movilización!”. Sin duda hacía ya horas que el telégrafo estaba difundiendo esas mismas palabras por todos los rincones del país.

El tejador acababa de alzar el martillo para dar un golpe. Detuvo su movimiento y con toda suavidad depositó la herramienta sobre el tejado. En ese instante entraba en vigor para él un calendario diferente. Había cumplido ya el servicio militar y en los próximos días tendría que presentarse a su regimiento. Meier pertenecía a la reserva de reemplazo y también para él era inminente el llamamiento a filas. Yo tomé la resolución de participar en la guerra como voluntario, decisión que adoptaban a aquella misma hora centenares de miles de hombres.

Nuestro pequeño y pacífico grupo se había convertido de golpe en un grupo de soldados [...]”¹.



De esta manera el intelectual alemán Ernst Jünger relataba, en su libro *Tempestades de Acero*, su recuerdo sobre “el estallido de la guerra de 1914” en Europa. En función de horas mudaron las expectativas vitales de los protagonistas de esos acontecimientos y la sociedad entró de manera irremediable en una espiral de violencia propia del nuevo contexto: la Guerra Total. Como se observa en el extracto de la novela, los miembros de aquella generación tuvieron que participar en la guerra como soldados, por diferentes motivos y con distintas motivaciones, convirtiéndose en una experiencia que marcaría definitivamente su identidad.

¹ El extracto está sacado de su texto *El estallido de la guerra de 1914* recogido junto con *Tempestades de acero* y el *Bosquecillo 125* en la edición publicada en el 2013 por la editorial Tusquest. Ernst JÜNGER: *Tempestades de acero*, Barcelona, Tusquests, 2013, P. 446.

Precisamente son estos los objetivos que persigue la investigación de Ángel Alcalde en *Los excombatientes franquistas* (PUZ, 2014): estudiar la huella política, social y cultural que dejó la experiencia de guerra en la identidad de los excombatientes de la Guerra Civil Española. Este libro, así como los estudios desarrollados de manera paralela por investigadores como James Matthews, Claudio Hernández Burgos o Miguel Alonso Ibarra², sirven para rescatar no del olvido, sino del silencio historiográfico, a un colectivo del que teníamos mucha memoria pero carecíamos de un relato histórico.

Una investigación que no tardará en convertirse en un referente historiográfico para los estudiosos de la guerra civil y el franquismo. En primer lugar, por la innovación temática anteriormente comentada. A pesar de las múltiples investigaciones realizadas en los últimos años sobre la Guerra Civil y el franquismo, estamos ante la primera que se centra en el colectivo de excombatientes y en las asociaciones en las que estos se encuadraron tras su desmovilización, como fueron la Delegación Nacional de Excombatientes (DNE) o el Servicio de Antiguos Combatientes (SAC).

Un riguroso estudio realizado a partir de la documentación consultada en el Archivo General Militar de Ávila, en el Archivo General de la Administración, en el Archivo del Ministerio de Trabajo, en archivos provinciales y municipales. Además de la exhaustiva lectura de prensa de trinchera y periódica publicada durante el franquismo, aderezado con el análisis de revistas y boletines oficiales publicados por los distintos organismos del régimen, así como de documentación de carácter privado como memorias publicadas a lo largo de la dictadura. Con todo este material empírico el autor narra e interpreta la evolución de la cultura de guerra franquista, es decir los «discursos, prácticas y representaciones en torno a la experiencia bélica originados entre 1936 y 1939 y esencialmente conservados por el régimen durante la posguerra». Estas representaciones constituirían, para el autor, la «cultura política» o un ingrediente fundamental de ella» (p. 15). Asimismo, nos permite conocer el funcionamiento del partido único y su intento por imponer una política de carácter totalitario en España a través de instituciones como la DNE.

En segundo lugar, este estudio tiene gran relevancia por la ambición cronológica e intelectual de su autor. Cronológica porque el libro se inicia desde el mismo momento en el que se fragua la experiencia excombatiente, la Guerra Civil, y termina en la década de los sesenta. A pesar de iniciar un camino historiográfico, el autor no se detiene en la simple narración del funcionamiento de los organismos de encuadramiento. La investigación se inserta en dos debates historiográficos fundamentales. Por un lado, el del consenso social en torno al franquismo, y por otro, el de las consecuencias de la experiencia de guerra con el uso de conceptos como el mencionado de cultura de guerra, hasta el momento apenas empleado en la historio-

² Vid. James MATTHEWS: *Reluctant Warriors Republican Popular Army and Nationalist Army Conscripts in the Spanish Civil War, 1936-1939*, Oxford, Oxford University Press, 2012. Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: *Franquismo a ras de suelo. Zonas grises, apoyos sociales y actitudes urante la dictadura*, Granada, UGR, 2013. Miguel ALONSO IBARRA: “Ex-combatientes. Un análisis del fascismo español a través de las memorias de los soldados de Falange”, *Claves del mundo contemporáneo. Debate e investigación. Actas del XI Congreso de la AHC*, Granada, Comares, 2013.

grafía española³. En este sentido y siguiendo las tesis de Eric J. Leed y S. Kalyvas, Ángel Alcalde entiende que la experiencia de guerra de los soldados del ejército sublevado crea una «identidad individual y grupal posbélica» que denomina como “Identidad excombatiente” (p. 16). Por lo tanto, la experiencia de guerra serviría para «entender la mentalidad y expectativas de los soldados en el periodo de la desmovilización» (p. 18). En definitiva, según el autor, este colectivo, a causa de su participación en la guerra, se erigió en uno de los pilares en los que se apoyaría socialmente el franquismo. Por lo tanto, una de las grandes virtudes de esta investigación es que su análisis, en palabras del autor, sirve para entender «cómo funcionaban los apoyos sociales al régimen de Franco» y explica «el funcionamiento del apoyo al franquismo», entendiendo este «como un proceso» (p. 353).

El libro, escrito con una prosa fluida, está dividido en cuatro capítulos que se corresponden con las distintas etapas que vivió el *excombatentismo*. La primera está centrada en la Guerra Civil, que para el franquismo supuso su llegada al poder y su principal base legitimadora. Desde la perspectiva de la historia cultural y con el uso de conceptos procedentes de la historiografía europea, indaga con documentación de archivo y memorias en la experiencia de los soldados del ejército sublevado, afirmando que se convirtió en un rito de paso que sirvió de formación política e ideológica para una parte importante de ellos. Asimismo, el autor reflexiona sobre los precedentes de la experiencia de guerra franquista, centrando su análisis en el africanismo, el falangismo y el carlismo. La Guerra de Marruecos sirvió como aprendizaje para la élite militar que organizó el golpe de estado, donde pusieron en marcha prácticas violentas que posteriormente se emplearon en la Guerra Civil. A su vez, el falangismo y el carlismo dotaron de un componente político a la experiencia de combate y serían el germen del fascismo franquista.

La segunda parte comprende el periodo de la postguerra hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. Este capítulo se centra en el proceso de desmovilización de los soldados del ejército sublevado. Con la lectura del libro se aprecian dos focos de actuación en las políticas desarrolladas por el Nuevo Estado. El primero, intentar paliar el problema de la reincorporación a la sociedad civil de los excombatientes a través de organismos que pudieran servir para recolocarlos en puestos de trabajo. En concreto el autor estudia el funcionamiento del Benemérito Cuerpo de Mutilados de Guerra, creado durante la guerra, del Servicio de Recolocación de los Excombatientes al Trabajo y de la Delegación Nacional de Excombatientes, que terminaría absorbiendo a la segunda. Una implantación que, como demuestra el autor, no estuvo exenta de problemas, en ocasiones por la falta de implicación de los primeros delegados provinciales o a causa de conflictos de intereses entre la élite económica del primer franquismo y los dirigentes falangistas.

El segundo era el de impulsar una movilización política a través de la participación activa en los nuevos poderes locales y a través del encuadramiento social de los antiguos comba-

³ Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: “La cultura de guerra como propuesta historiográfica. Una reflexión general desde el contemporaneísmo español”, *Historia Social*, nº 61 (2008), pp. 69-87. Francisco SEVILLANO CALERO: “Cultura de guerra y políticas conmemorativas en España del franquismo a la transición”, *Historia Social*, nº 61 (2008), pp. 127-145. Javier RODRIGO: *Dossier: Retaguardia y cultura de guerra, 1936-1939*, *Ayer*, 76 (2009).

tientes en los organismos creados por falange. El autor reconoce que durante los primeros años la Delegación Nacional de Excombatientes sirvió como un mecanismo de colocación obrera de las personas que estuvieron en el frente, pero falló a la hora de ejecutar una movilización totalitaria de los excombatientes. No obstante, se reconoce la influencia política como grupo de presión que tuvo la DNE debido a que el régimen, durante los primeros años, pretendía mantener latente la cultura de guerra, pues era su fuente de legitimidad política.

El tercer capítulo focaliza su interés en el periodo de la guerra fría. Ángel Alcalde nos muestra como la derrota de las potencias del Eje en la II Guerra Mundial trastocó la movilización totalitaria al estilo fascista que buscaba el falangismo. En palabras del autor durante este periodo se produce un enfriamiento de la cultura de guerra, que a su vez comienza a verse modificada en su contenido. A lo largo de estos años, adquiere protagonismo en el discurso la lucha contra el comunismo al presentar la “Guerra de España” como la primera “Cruzada” que se libró en contra del comunismo. Una muestra del intento de acercamiento a Europa que se consolida a partir de la década de los sesenta. En el plano práctico se produce una reorganización de la DNE de la mano del militar falangista Tomás García Redbull, manteniendo los objetivos de proporcionar sustento laboral y económico a los excombatientes y sus familias y de afianzar su influencia en la política del régimen con una apuesta clara por introducirse en los gobiernos locales. En definitiva, apuntalar las lealtades franquistas que, según el autor, se habían conseguido en la guerra y durante la primera etapa.

No obstante, se muestran los problemas que se dieron en el seno de la DNE durante este periodo. Relata las tensiones existentes e incluso se percibe una decepción por parte de algunos excombatientes con el régimen al no proporcionarles una solución a sus problemas. Para Ángel Alcalde este «enfriamiento de la cultura de guerra» era visto por los dirigentes como una forma de alejarse de la primera línea política. Este capítulo, además de centrarse en un periodo poco estudiado, sirve para comprobar las luchas que se desarrollaban dentro del régimen, así como la capacidad de interrelación entre sociedad y poder político, una relación que, como es evidente, se realizaba dentro de los cauces marcados por el poder dictatorial que imponía el franquismo.

Finalmente, el último capítulo titulado la “Paz de franco” estudia el papel del *excombatentismo* en los años sesenta. Con la lectura de esta investigación se puede deducir que es ese momento en el que lo nuevo –una nueva generación, unos nuevos intereses, unos nuevos discursos– comienza a nacer y lo viejo –la generación que el autor denomina como la “del 36”, la guerra como fuente única de poder político – se niega a desaparecer. Con este cambio, en el que Paloma Aguilar afirma que el franquismo mudó su legitimación de origen –la guerra– por la legitimación de ejercicio, aunque sin abandonar nunca la primera⁴, el *excombatentismo* comienza a sentirse incómodo. Ángel Alcalde describe que durante este periodo se constituyen nuevos organismos para intentar reavivar la cultura de guerra, como fueron la Hermandad de Alférez Provisionales o el Servicio de Antiguos Combatientes, así como la organización del Congreso Europeo de Excombatientes, que sirve de renovación de la cultura de guerra pero que no será suficiente para apuntalar la misma.

⁴ Paloma AGUILAR: *Memoria y olvido de la guerra civil española*, Madrid, Alianza, 1996.

Como se ha descrito anteriormente, la conclusión de la investigación de Ángel Alcalde es que los excombatientes franquistas constituyeron uno de los pilares en los que se apoyó socialmente el Nuevo Estado para su consolidación política, no sin antes señalar a lo largo del libro las diferentes aristas que complejizan este fenómeno. En palabras del autor, la cultura de guerra constituiría «un arma valiosa para la generación y mantenimiento del apoyo social al régimen» (p. 358), y por lo tanto, «la paz y la democracia, solo regresaron a España cuando por fin pudo consolidarse en la sociedad española una auténtica cultura democrática, o más bien una verdadera cultura de paz» (p. 359).

No obstante, cabe señalar algunos aspectos que hay que tener en cuenta a la hora analizar el apoyo social al régimen por parte de los excombatientes. Compartiendo la tesis principal de la obra, que la experiencia de guerra modifica las identidades de los individuos que participaron en ella, no se puede caer en una visión excluyente de la misma. Las personas contamos con diferentes identidades que se superponen, pero ninguna prevalece sobre la otra de manera permanente. Estas cobran más o menos importancia en función del contexto en el que nos desenvolvemos como individuos sociales: en el seno familiar, en un grupo de amigos o en una reunión de trabajo. Del mismo modo que esa jerarquía de identidades se ve modificada por el contexto, la memoria, el discurso o las actitudes sociales que hacemos los individuos también se ven modificadas. La importancia que tuvo la identidad que adquirieron los excombatientes pudo alcanzar momentos más o menos álgidos, pero no se puede obviar que además de *excombatentistas* tenían una identidad familiar, local, regional, profesional, deportiva y también de clase. Por lo tanto, no solo se puede entender la relación de estos individuos con el régimen franquista exclusivamente por ese rol de excombatientes, sino también por las otras facetas que definían a cada uno de ellos.

Del mismo modo que la identidad excombatiente no siempre prevaleció frente a las demás, creo que tampoco la experiencia de guerra borró las identidades políticas – y culturales – previas con las que contaban los soldados que fueron movilizados a partir de 1936. Hay que tener en cuenta que la generación que luchó en la guerra creció en un contexto en el que coexistía una diversidad de culturas políticas. Como han señalado investigadores como James Matthews o Michael Seidman, el ejército sublevado, así como el republicano, se tuvieron que nutrir principalmente de la recluta forzosa⁵, dando como resultado un ejército heterogéneo social, política y culturalmente, y por ende con identidades distintas. Por lo tanto, debe valorarse la posibilidad de que no existiera una única experiencia de guerra, sino múltiples experiencias, complejas y especialmente cambiantes, y por lo tanto, la cultura resultante de este proceso tampoco debe entenderse como homogénea. El régimen se apropió y utilizó la memoria y experiencia de la guerra de los combatientes que lucharon en su ejército – que lucharon por diferentes motivos y con distintas motivaciones–, sin embargo la sociedad del año 1936 era más diversa de lo que aparece reflejada en la propaganda política y de lo que la lógica del enfrentamiento armado haría presuponer. Por lo tanto, entre los que lucharon dentro del bando franquista, nos podemos encontrar con distintas identidades excombatientes que podían ser divergentes con la defendida por los organismos de encuadramiento impulsados desde el ré-

⁵ Michael SEIDMAN: *La victoria nacional. La eficacia contrarrevolucionaria en la Guerra Civil*, Madrid, Alianza, 2012.

gimen. No obstante y como se ha señalado anteriormente, estos matices están presentes a lo largo de la obra y lo que hace el autor es revelar los procesos de cambio y los mecanismos para entender el apoyo al régimen por parte de los excombatientes. Sin embargo, entiendo que podrían tener más presencia las otras identidades excombatientes que no estaban representadas por el poder político.

Por otro lado, conviene hacer una diferenciación entre la cultura dominante – la cultura de guerra –, que fue la que impuso el franquismo a lo largo de la dictadura, y una variedad subculturas que el régimen no dejó que aflorasen a causa de la censura y autocensura provocada por el miedo y que aún deben ser estudiadas. Se debería considerar la existencia durante el franquismo de una cultura de paz, presente en el ámbito social, que el régimen no dejó que emergiera porque su legitimación política se encontraba en el Parte de la Victoria⁶. Sin embargo, ciertas acciones sociales que se perciben durante la guerra, como es el contacto entre soldados de distintas trincheras, las deserciones que se produjeron durante toda la guerra o algunas actitudes que se perciben en la sociedad en referencia a la represión, pueden mostrarnos una realidad distinta. Además, el hecho de que tuviera una mejor aceptación social el discurso del “todos fuimos culpables”, puede indicar que sí existiera una cultura de paz que el régimen no dejó que aflorase⁷.

No obstante, estos matices, realizados desde una perspectiva más social que cultural del análisis histórico, no contradicen las tesis presentadas por Ángel Alcalde: la guerra creó una identidad excombatiente y una cultura de guerra – «discursos, prácticas y representaciones en torno a la experiencia bélica» – que el régimen y un amplio número de miembros del colectivo de excombatientes se encargaron de mantener latente durante toda la dictadura, revelando en su estudio los procesos de cambio y los mecanismos del apoyo social al franquismo de ese colectivo. En este sentido, este libro es una referencia fundamental para todos los estudiosos de la guerra y el franquismo. Por un lado, debido a la excelente explicación del funcionamiento de los organismos de encuadramiento de los excombatientes. Por otro, por las valiosas aportaciones a los debates historiográficos sobre los apoyos sociales al franquismo y sobre las consecuencias sociopolíticas y culturales de la experiencia de guerra, que además sirven para poner el caso español dentro del contexto europeo de entreguerras. En definitiva, Ángel Alcalde no solo abre nuevo camino historiográfico sino que puso los cimientos, teóricos y empíricos, sobre los que muchos investigadores trabajaremos en un futuro.

⁶ Historiadores como Antonio Cazorla u Oscar Rodríguez Barreira han apuntado aspectos muy interesantes en esta dirección.

⁷ Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: “Movilización militar y experiencia de guerra civil. Las actitudes sociales de los soldados del ejército sublevado”, en Lourenzo FERNÁNDEZ PRIETO y Aurora ARTIAGA REGO (eds.): *Otras miradas sobre golpe, guerra y dictadura*, Madrid, La Catarata, 2014, pp. 150-175.